

UN TIPO JODIDO

Patricia Bargeró, 2006 *

Eso fue lo primero que supe. Que era un tipo jodido. Fue lo que contó mi vieja, que acababa de llegar de Villegas, de un perfeccionamiento docente. Ahí no se hablaba de otra cosa. Ese tipo había escrito una novela sobre gente del pueblo, se había metido nada menos que con las maestras y los médicos, había sacado los trapitos al sol y la gente estaba furiosa. Eso decían.

Para el perfeccionamiento siguiente supimos más. El tipo se había ido de Villegas cuando era muy chico. Él no era el jodido porque él nunca podría haber recordado las cosas que contaba en ese libro. La jodida era la madre, una forastera que le había llenado la cabeza de odio contra el pueblo.

Pocos años después mi tío Coco me contó que se había hecho la película. Le decían los viajantes que venían a su Almacén y que la habían visto en Buenos Aires, porque los estrenos se daban tarde en los pueblos. Le decían que el escándalo era más grande, por las escenas de la maestra.

Después no sé cómo me enteré. Era la época en que ponían bombas por todos lados. Eso era en las ciudades grandes, pero a los del cine de Villegas también los habían amenazado. Si daban la película le ponían una bomba. Eso decían. Entonces la gente viajaba a verla a los cines de los pueblos cercanos: de Banderoló, Piedritas, Ameghino, hasta de Bunge, mi pueblo, aunque quedara más lejos.

Cuando me fui a estudiar como pupila al Colegio de Hermanas supe más. Me lo dijeron las hermanas Piña, que habían sido sus amigas y se acordaban muy bien de las cosas que pasaban en Villegas cuando eran chicas. Las demás profesoras decían que ellas hablaban bien del tipo ese porque él las hacía quedar bien en la novela. Eso decían.

No sé por qué tardé tanto en leerlo. Sé que lo hice porque sentía cierto compromiso cuando empecé a trabajar en la biblioteca pública, esa que se inició en los altos del Cine Español al que iba Puig cuando era chico. Supe al leerlo que sí, que el tipo era un jodido. Se metía conmigo.

No sé bien qué nos movió. Creo que fue la culpa. También la soberbia. Nosotras sentíamos que éramos diferentes, leíamos a Puig de otra manera. En realidad hablo sólo por mí, pero nos enojaba que los villeguenses buscaran todo el tiempo saber quién era cada cual, así que en 1989 Susana Cañibano, entonces jefa de la biblioteca, le pidió a

Magdalena Gióvine que coordinara unos talleres de lectura, porque ella lo había leído en la facultad.

En 1990, pocos meses después de que muriera Puig, el Concejo Deliberante le dio su nombre a la Casa de la Cultura. Su familia lo supo recién dos años más tarde, cuando el pueblo se llenó de periodistas que llegaban por la masacre de la Payanca. Alguien entró a la biblioteca buscando cosas de Puig y encontró todos sus libros, más una carpeta con recortes de diarios y revistas. Era amiga de Male y Carlos, y a partir de entonces establecimos vínculo con la familia.

Al año siguiente llamó José Amícola y con él organizamos el primer encuentro en Villegas con docentes y estudiantes de la Universidad de La Plata; y repetimos algo similar dos años más tarde.

En 1997 reparamos que era poca la gente de Villegas que se movía ante nuestras movidas puiguanas. Así que, para sacudirlos un poco, y recibir a los extranjeros que venían desde el Primer Encuentro Internacional realizado en La Plata, incorporamos a “*Los Colifatos de la llanura*”, una murga que no tenía buena fama; pero Jesús Pascual, su director, parecía ser el único dispuesto a armar en quince días un recorrido por los lugares mencionados en las dos primeras novelas, con voces en *off*, personajes en escena y baile gitano para el cierre en el Parque Municipal.

Como se portaron bien los volvimos a llamar en 1999, por los 30 años de “*Boquitas pintadas*”. Entonces invitamos a Mausi Martínez, que trajo a su Raba al Cine Español, ese cine que Puig visitaba diariamente con su madre y en el que no se había dejado pasar la película. En ese cine Mausi habló de sumarse al equipo y de hacer un documental.

En 2001 lo hicimos porque sí, porque no queríamos perder el ritmo y porque Mausi había estado metiéndonos en la cabeza que teníamos que hacer más. Ella proponía entrenar a la gente y montar una obra. Entonces se armaron más escándalos en el pueblo. Rituales con barro en el Cine Español; con barro y fuego en la barraca vieja, donde los pibes, al ritmo de canciones en mapuche, hacían percusión con huesos de animales y tachos viejos, se trezaban en luchas hasta el agotamiento y terminaban apilados en una montaña humana mientras volaban litros de tinta roja que recordaban a más de una masacre de la zona; también hubo barro y sangre en el basural y en la vieja usina.

Jesús y la murga, que seguían haciéndose los que se portaban bien, se atrevieron a más. Se transformaron en “*Escrachados de la trucha, la murga de Manuel*”. Con el

asesoramiento de Coco Romero asumieron las voces del pueblo y a través de tangos murgueados juzgaron a Raba y condenaron a Pancho por meterse en la cama que no debía.

Marcelo Peralta y Pablo Sáez venían a enseñar cómo se construyen y manejan títeres para que cada novela tuviera su escena en el viejo Cine Mireya.

A José Amícola, Graciela Goldchluk y Julia Romero, presentes desde el principio, se sumaron César Aira, Alan Pauls, Guillermo Saccomanno, Elvio Gandolfo, Graciela Speranza, y varios más.

En 2003 hubo que hacerla porque se cumplían los 30 años de *"The Buenos Aires Affair"*, pero con gente del pueblo al frente. Así que Jesús Pascual escribió de nuevo, Juan Manuel Rodríguez hizo los arreglos y con José Luis Matellán en la percusión de *"Escrachados..."* contaron la vida de Leo a través de marchas miliares, la de Gladys con canciones pop y hablaron de eso. De que, más allá de las formas que maneje el poder y por poco que uno quiera verlo, se puede seguir creando.

Susana Garat se puso al frente de la obra de teatro y Ruly Pinedo de los títeres, que esta vez tomaron la plaza.

Mausi Martínez presentó su documental *"Puig... 95 % de humedad"*. Lanzamos un concurso de dibujo y Diego Haboba, que venía desde La Plata, con los locales Alejandro Fogazzi, Ana Uriarte, Luis Monti y Edgardo Matilla realizaron sus muestras de arte mientras Osvaldo Bayer, hartado de tantos pueblos con nombre de militares, proponía que se cambiara el de General Villegas por Manuel Puig.

Estamos en 2006, a 30 años de *"El beso de la mujer araña"*. Yo dejé la biblioteca hace más de un año, Jesús se fue a vivir a Buenos Aires y no tengo cerca a Ana Méndez y Paula Fumagallo, fundamentales en las dos últimas movidas. Pero hace dos años llegaron al pueblo Bruno Menarvino y Analía Chabeldín, que tienen muchas ganas. Juan Manuel dice que se hace cargo de la puesta musical y a él se suma Christian Francucci, que acaba de volverse y no deja de tirar ideas.

Nahuel Ferreyra vive en La Plata desde hace tiempo y quiere dirigir tres cortos de ficción. Él está trabajando en uno de los guiones, Jesús en otro y Valeria, que es de Charlone, en el tercero.

Alguien propuso hablar de las prisiones. María Emilia, que es de Sansinena pero hizo el secundario en Villegas, ahora, desde La Plata, prepara algo. Sofía hace lo mismo desde Capital Federal, donde también está Verónica, que diseña ropa interior y quiere mostrar

lo suyo. Acá vive desde hace tres años Paula Dichello y avisó que quiere ser parte. Analía Moyano con sus accesorios de ropa. Luis Monti insiste con la comida. Ale Pedrini con la gráfica. Juan Manuel dijo de invitar a las bandas de rock, los cantantes de tangos y boleros, y ellos están diciendo que sí.

Susana y Ruly hablan de hacer un homenaje al cine de Molina en el cine de Manuel. Viviana Bernadó de los talleres de lectura. Tita y Lilian recuerdan que incluyamos a sus escuelas.

Diego vino por el fin de semana, cuenta cómo será su muestra de arte y habla de hacer en esos días un mural colectivo. Virginia Rivera me vio en la calle y me contó con qué imágenes anda en su cabeza.

Marcela dice los chicos ya están grandes así que esta vez me sumo. Marina dice el nene está muy chico todavía, pero llámame porque quiero estar. Dice además que puedo contar con su hermano, que ya se recibió y está de vuelta. Lo mismo pasa con Gustavo. Graciela tramita su jubilación en la escuela y avisa que ahora va a tener más tiempo.

Ana me dijo ayer que esta vez quiere hacer ropa y no nos tenemos que olvidar de Alejandro, ni de Majo y Alba, que escribieron desde Junín.

Crece la lista que abrí para no olvidarme de los que me dijeron que querían ser parte.

Chiquita Uriarte vive muy cerca y pasa a preguntar cómo va todo. Conoció a Manuel porque vivía a la vuelta de su casa y es la que ayuda a reconstruir su historia y la del pueblo. Elsa, que todavía está enojada porque esas cosas no se escriben en una novela, me pidió que la llamara, así le cuento y me cuenta. Ahora yo también pregunto quién era cada cual.

Miro las fotos de Manuel que tengo en la pared de mi casa, donde él vivió con su familia antes de pasar a la casa de la vinería. Son de los primeros tiempos de su exilio, en México. Las sacó Marta Merkin. Lo miro pensar, cerrar un puño, poner la mano en garra y me digo que sí, que es verdad, que hay que ser muy jodido para hacerle estas cosas a la gente.

*Patricia Bargeró

En: Manuel Puig presenta / dirigido por José Miguel Onaindia. Buenos Aires, Fundación Internacional Argentina, 2006. 163 p.